



BIBLIOTECA *MARCEL·LÍ DOMINGO*

Recull de premsa local i comarcal

MURALLAS

104

FRANCISCO J. GAS CARPIO

A grandes rasgos, la fortificación de Tortosa estaba compuesta por la Zuda o castillo de San Juan como fortaleza principal, la Tenaza o castillo exterior, defensa avanzada al Norte, las fortalezas de Orbesa, Cuarebes y Ruete protegiendo el Este, el Ebro completaba el cerco. Las fortalezas estaban enlazadas por los baluartes de Santa Ana, San Pedro, Cristo, Cruces, San Ramón, Brujas y torreon de la Careta, unido todo a su vez por líneas de muralla, a través de la cual se cruzaba por cinco puertas principales: la del Puente, la del Templo, la de San Juan (esta, de San Francisco), la del Kastro y la de Remolinos, que contenía a su vez otra interior llamada de Vianova o también: Cortadura, y la de Petracó.

Lector, tome a la vista un aparte suculento y gráfico referido casi en su totalidad a la fortaleza más antigua de nuestra ciudad: la Zuda o Anada, llamada también Castillo de San Juan. El torreon central, de forma cilíndrica, que nos hemos acostumbrado a llamar Punta del Diamante y que antiguamente se llamó, con más propiedad, Torre de Tíbal, recuerda en esta última significación el nombre del legendario fundador bíblico de la ciudad, es la parte menos elevada de la fortaleza y desde ella se domina una magnífica panorámica de la ciudad, extendida a sus pies.

Todo hace suponer que el núcleo primitivo de Tortosa debió agruparse alrededor de esta torre redonda, de la que partieron las obras sucesivas que dieron origen a una fortaleza, la cual, en sus líneas generales, queda delimitada en la época árabe más o menos en la forma actual. Terraplenada más tarde, según lo exigía la táctica defensiva con posterioridad al uso de la artillería de plaza, surgieron edificaciones en su plataforma superior, de las que se conservan vestigios, todas actualmente en estado de desolación, con excepción del polvorín, cercano a la parte Norte de la fortaleza —la más elevada— que llamamos El Macho.

El lector curioso puede hacer algo más que contemplar estas fotografías y ver estas líneas: visitar los parques de las que en ellas se da noticia. Es fácil. El ascenso es liviano, a través de rampas bien conservadas.

El curioso puede reparar durante su itinerario:

o) Antes de iniciar la calle de San Felipe Neri, en el primer tramo que arranca de la plazuela de la Catedral, designada como calle de la Zuda, a su izquierda hay una lágrima árabe, la traducción de la cual no aguesuro a facilitarle: «En nombre de Dios misericordioso y piadoso, mandó hacer esta torre para las horas de la oración el Rey Abderramán, y se acabó y perfeccionó en el año 333 de la Hégira, reinando Abderramán, a quien Dios dé prosperidades y ayuda. El artífice de ésta es Abdalla-ben-Khalab.»

o) Ya en la rampa de ascenso, a su derecha, observará elementos de construcción superpuestos desde la cortadura en terreno de aluvión hasta la muralla de piedra seca y obra de fábrica, que termina, en algunos casos, en obra de ladrillo, producto de sucesivas reconstrucciones, aprovechando elementos distintos. Repare con atención en el lienzo y podrá ver el abaco plano y el fuste erecto de buena parte de una columna romana enquistada completamente en la muralla.

o) Tras visitar el altiplano cerrado de la Zuda, puede llegar el paseante hasta el Norte exterior de la fortaleza, y dirigiendo su vista a la parte alta, sobre un estrecho glacis, en el castil, observará en posición horizontal una larga piedra labrada, la que lleva en su parte superior una figura geométrica de influencia greco-romana, y en su centro, una barca vétrica enclavada con una inscripción en la parte inferior. Ello le hará pensar en el enlace greco-romano —muy posible— de nuestra ciudad.

o) Si desde la parte que entre la fortaleza de la Zuda y el hornabeque de San Juan descendié por un paso subterráneo, que le será fácil hallar, hacia el lado de Remolinos, con salida a la calle de la Cortadura, atravesará la poterna del general Ortega. Por ella cruzó, el 18 de abril de 1860, el capitán general de Bómbares, para ser fusilado en la plaza de Remolinos, muriendo con resignación y serenidad tras su fracasado desembarco en San Carlos de la Rápita, con el intento de proclamar a Carlos VI.



